

siquiera en estado durmiente, capaz de mantener la continuidad de los organismos». Por eso agrega que cuando tuvo noticia de los descubrimientos de algunos bacteriólogos, á que antes se hace referencia, aquéllo fué para él una revelación.

No se contenta con la hipótesis expuesta; y, al final, indica la esperanza de que, siguiendo las investigaciones por la senda iniciada, llegue á inferirse algo sobre la primera aparición de la vida en el globo.

LA PEDAGOGÍA DE WILLIAM JAMES, según Boutroux (1).

Todo sistema de Filosofía conduce, explícita ó implícitamente, á una doctrina de la educación. En cuanto á W. James, juzgaría vana y fútil toda afirmación que no significase cierta dirección impresa á la conducta humana. Pero todavía, para nuestro filósofo, el problema de la educación ofrece una importancia particular. La educación es propiamente el fenómeno en que se verifica el paso de la teoría á la práctica. Modificando á los hombres, es como las ideas pueden modificar á su vez el curso de las cosas. Ahora bien, si los americanos en general tienen, sobre todo, la ambición de no ser esclavos de lo establecido, de no limitarse á adaptarse á ello, esta disposición de espíritu es, con mucha más razón, la de William James, puesto que su filosofía lleva á afirmar el inacabamiento eterno de las cosas, y la posibilidad de que la creencia y la voluntad humanas desempeñen un papel en la Historia.

El problema de la Pedagogía no es, para James, una simple aplicación de la ciencia teórica; sino la consecuencia natural y lógica, pero original, de la teoría. En efecto, el resultado general á que conduce su filosofía, es el valor efectivo asegurado á la noción de posibilidad. Hay en el hombre, según él, y fuera del hombre, una infinidad de posibilidades verdaderas. El problema

se plantea, por tanto, para la inteligencia, en saber, por una parte, cómo hay que conducirse para despertar, desarrollar y hacer eficaces estas posibilidades, en sí mismas latentes; por otra parte, qué posibilidades, entre esa multitud infinita, conviene elegir, y en qué sentido orientar su desarrollo. Ahora bien, siendo el hombre el ser en el cual comienza, para nosotros, ese paso de lo posible á lo real, este problema es, ante todo, el problema de la educación humana.

La razón misma que, en James, hace brotar el problema pedagógico de las conclusiones de la investigación filosófica, determina la relación precisa de la Pedagogía con los conocimientos teóricos sobre los cuales se apoya.

En la mayor parte de los sistemas, á pesar de tantos como hay, la Pedagogía tiende á reducirse á una aplicación mecánica de los principios establecidos por las ciencias teóricas correspondientes. En vano se discute sobre la diferencia de la ciencia y del arte. Falto de principio propio, se ve oscilar á éste, en efecto, entre el azar y la tiranía de las reglas. Para James, el arte, fundamentalmente, es muy otra cosa que la ciencia; tiene más contenido que ésta. Todo conocimiento teórico, todo concepto, es un extracto, una parte, más ó menos deformada, de alguna realidad: el producto del arte es una realidad. Frente á las fórmulas que indican algunas condiciones de su realización, la obra viva contiene cosas realmente nuevas, irreductibles, incognoscibles *a priori* para la teoría pura. Y no se reduce tampoco á una mezcla fortuita de conceptos, á un hallazgo, vana hipótesis imaginada para conferir una semejanza de virtud creadora al mecanismo, y, por decirlo así, hacerle capaz de dar á ciertas cosas un aire de originalidad. Existen seres verdaderos, efectivamente individuales y activos, que, realizando sus potencias por medio de las cosas, franquean los límites de la ciencia, sin abandonarse por eso á los caprichos del azar.

Por otra parte, no hay conflicto entre el orden ideal perseguido por el sujeto activo y el orden real en que debe insertarse la acción original. Las leyes naturales son

(1) Véase el capítulo V del libro reciente de monsieur E. Boutroux, *William James*.—Paris, A. Colin, 1911.

barreras que el sujeto no debe, sin locura, querer salvar; pero más allá de las cuales queda siempre un lugar disponible para la acción libre.

Si la Pedagogía, pues, descansa sobre la ciencia, particularmente sobre la Psicología, ni es una simple aplicación de la ciencia, ni es una práctica entregada, en lo que la distingue, á la fantasía y al capricho: en el sentido propio de la palabra, es un arte, que se sirve de la ciencia inteligentemente y con libertad.



La pedagogía de William James tiene este carácter, digno de notarse: el de no plantearse desde luego el problema de los fines. ¿Sabemos *a priori* si nuestro ser tiene algún destino, si se impone algún deber á nuestra voluntad? Para el que no cree más que en la experiencia, el único punto de partida legítimo es la realidad, que impresiona desde luego nuestras miradas. Y esta realidad, en el orden de la vida psíquica, es la dependencia de nuestra alma con relación al mecanismo corporal. Mientras que, en el alma humana, Platón y Aristóteles colocan en el primer plano la parte racional, la psicología de James da este lugar á la parte activa, y, por consiguiente, hace de la Biología la base de la Psicología.

La educación humana debe, pues, ser ante todo mecánica. Consiste, en este respecto, en desarrollar en el individuo ciertos hábitos, empleando, según las enseñanzas de las ciencias, todos los medios apropiados.

Los hábitos cuya adquisición es más necesaria, son evidentemente los que se refieren á la conservación y al desarrollo normal del organismo y de las funciones psíquicas.

Pero importa notar que el hombre tiene la facultad de adquirir una multitud de hábitos de que anteriormente no poseía ningún rudimento. Ahora bien, es útil que adquiera una gran variedad de hábitos. Cada hábito es una fuerza; y cuantas más fuerzas tenga el hombre á su disposición, más capaz será de acciones diversas, ten-

drá más existencia. Se puede, pues, sentar esta máxima fundamental: no hay recepción sin reacción; no hay impresión sin expresión correlativa. Todo lo que se enseña al alumno debe ser para él punto de partida de un cierto hábito; debe determinar, en su organismo, cierto despliegamiento de actividad.

Pero, por otra parte, importa que esos hábitos sean posibilidades, potencias, al servicio del hombre, no fatalidades que le tiranicen. El educador cuidará, pues, de mantener en el alma la flexibilidad, el poder de adaptación, de cambio, de adquisición, de ensayo, que son su privilegio. La misma multiplicidad y la diversidad de los hábitos contribuirá ya á hacerlos más dóciles.

Al ver á James comenzar así por amaestrar al autómatá, á fin de suscitar en él, gracias al influjo de lo físico sobre lo psíquico, ciertas determinaciones mentales, se piensa en Pascal y en su famosa exhortación: «Hacedlo todo como si creyeseis: tomad agua bendita, haced que digan misas: naturalmente, eso os llevará á creer, y os embrutecerá.»

Pero, á través de la semejanza, la diferencia es grande. Pascal considera el caso de un hombre á quien su razón inclina á creer, y que, sin embargo, no puede. El obstáculo, según él, está en las pasiones, que impiden al corazón obedecer á la razón, busca el medio de dominar aquéllas y de devolver á sí mismo ese espíritu que se ha dejado engañar por su seducción, y utiliza, en este sentido, el influjo de los actos sobre los sentimientos. El hábito de la obediencia material, reobrando sobre las disposiciones del corazón, hará á éste dócil, y, al mismo tiempo, arrancará el espíritu, que tenía cegado, al necio contentamiento de sí mismo y de sus presuntuosas utilidades.

A diferencia de Pascal, James, en esta primera fase de la educación, no conoce del hombre más que el autómatá. No indica el medio de emplear á éste en hacer ejecutar por el corazón el mandato de la razón; no trata más que de dar al autómatá humano toda la plasticidad, potencia y

perfección que contiene, precisamente en cuanto autómeta. Hay en él virtualidades, fuerzas latentes. La única cuestión, hasta aquí, es la de saber cómo esas virtualidades serán despertadas de su sueño y llevadas á estado de fuerzas orgánicas, inmediatamente capaces de efectos psíquicos, de crear facultades psíquicas, tan numerosas y variadas como sea posible. ¿Qué determinaciones morales deban, además, buscarse? La vida humana, ¿tiene otro objeto que su propia conservación y ese despliegue sin freno de sus potencias? En este momento, esos problemas no se presentan todavía, y James no los planteará hasta que la experiencia le conduzca á ello.

* *

El adiestramiento mecánico del organismo y de la actividad no es, por otra parte, más que el primer estadio de la educación.

En efecto, un adiestramiento que tenga por objeto el alma humana, no es ni puede ser una operación puramente mecánica, que constituya por sí sola cosa completa y acabada. Quien dice conciencia, dice elección, dice escoger en vista de una adaptación; y apenas un fenómeno toma la forma psicológica, contiene algo más que la resultante mecánica de sus condiciones materiales. Pero, por esto mismo de que la conciencia, desde que actúa, elige, tiende á elegir de una manera cada vez más conveniente. Ahora bien, en este respecto, dispone de un instrumento que no es la práctica y el instinto puro y simple. Este instrumento es la idea. Gracias á la idea, ó representación mental de un estado de conciencia determinado y de sus consecuencias habituales, el yo puede trasportar, por asociación, á tal acto útil, que le dejaba indiferente, el interés que al presente se une para él á cualquier otro acto, y procurar así á su facultad de elegir una flexibilidad y una habilidad nuevas.

De este modo, encontrando en el alma humana, por encima del mecanismo, la idea, un educador dócil á las sugerencias de la experiencia se servirá de este instrumento de otro género para aumentar el poder y la excelencia del ser humano.

La idea permite operaciones muy notables: 1.º, conservar la huella del pasado; 2.º, representarse algún fenómeno nuevo que todavía es sólo posible; 3.º, emplear los recursos que nos ha legado el pasado y realizar esta novedad.

La idea es así el lazo de unión entre lo antiguo y lo nuevo, entre la conservación y la creación. Por ella, el hombre, librado de la fatalidad fisiológica, hace que el mecanismo psíquico, ese primer estadio de la vida consciente, sirva á la realización de una forma de existencia superior. Lo que era obstáculo se torna en medio.

Así es como, considerando la potencia, no solamente del organismo, sino de la idea; es decir, ensanchando su campo de observación, yendo de la parte hacia el todo, se ve á éste reobrar sobre la parte, y se ve uno conducido á corregir la concepción del alma humana que la consideración exclusiva de la parte hubiera podido sugerir. El papel que representa la idea en nuestra vida nos enseña que el mecanismo fisiológico no es en manera alguna rígido, sino que presenta, por el contrario, cierta flexibilidad y que puede, en cierta medida, modificarse de manera que ofrezca las condiciones materiales requeridas para una vida más amplia y más elevada.

Así se añade naturalmente, á la educación fisiológica y maquinal, la educación razonada é intelectual. Esta enseña al hombre á dominar el mecanismo físico. Debe también enseñarle á mantener la libertad de su inteligencia con respecto al nuevo mecanismo, propiamente intelectual, que, según el curso espontáneo de las cosas, tiende á constituirse y á oprimir aquella libertad.

William James llama *old-fogysm* á una especie de obstrucción, á esa enfermedad espontánea de la inteligencia, que importa prevenir ó combatir, si se quiere que esta facultad llene efectivamente su función de intermediaria entre la conservación y el progreso.

Los conceptos que ocupan, en un momento dado, nuestra inteligencia son otros tantos moldes que le permiten recibir y comprender los objetos que se le ofrecen.

Mas para que nosotros veamos, en cierta medida, tales como son, esos objetos nuevos que se nos ofrecen y para que seamos capaces de sacar de lo que vemos ideas nuevas también, es preciso, no sólo que elijamos los conceptos mejor apropiados á los objetos dados, sino que, además, hagamos sufrir á esos mismos conceptos las modificaciones que requieren objetos para los cuales no han sido contruídos. El *old-fogy* es un hombre que ha perdido el imperio sobre sus conceptos; no sabe darles flexibilidad y adaptarlos; los aplica tales como son á los objetos que desea recoger; y desde este momento ya no comprende lo nuevo más que refiriéndolo á lo antiguo, es decir, negándolo. Si hace consecuentemente la teoría filosófica de su estado de espíritu, se ve llevado á no admitir como legítimo, en el orden del conocimiento, más que la ciencia propiamente dicha, la reducción de lo desconocido á lo conocido, de lo posible á lo dado, del porvenir al pasado, y tiene por ilusoria la existencia del arte y de la acción, que implica la creación de cosas irreductibles á lo dado. «El *old-fogyism*—dice James—es la disposición de espíritu que criticamos en los viejos: no comprenden más que á sí mismos; no hablan más que de sí mismos.» Pero, mirándolo bien, puede producirse en toda edad. Hay jóvenes y tiernos *fogyies*, que no desmerecen de los viejos más anquilosados, en cuanto á falta de aptitud para entender lo que perturba sus ideas.

La educación intelectual es esencialmente el tratamiento preventivo del *fogyism*: nos enseña á hacer provisión en el espíritu del mayor número posible de conceptos ampliamente útiles, y, al mismo tiempo, á mantener intacta y virgen, cuanto es posible, la facultad de adaptar los conceptos que expresan el pasado á los objetos nuevos, que forman el interés del porvenir.



Tal es el segundo momento de la educación: á la posibilidad de determinarse según lo que ya se ha realizado, añade la de determinarse según fines puramente idea-

les. Esta extensión de las posibilidades es el fruto de la idea, cuya naturaleza es intermediaria entre lo que es y lo que puede ser.

Este segundo momento, ¿es el último? Si lo fuese, deberíamos contentarnos con buscar lo nuevo por amor á lo nuevo, como tal, sin tratar de hacer una elección entre las novedades. La idea, en sí misma, es indiferente á los fines que se le confían: vacía en el molde lo dado y enseña á realizar el mal como el bien, lo extraño como lo genial, lo justo como lo injusto. Pero la acción por la acción, ¿es el fin supremo? ¿No podemos, no debemos tratar de determinar los objetos hacia los cuales debe tender esa acción, si aspira á poseer el grado de perfección que supone en el hombre?

A este problema, que la misma educación intelectual nos induce á plantear, se refiere una noción, que encontramos presente en nuestra conciencia, á propósito de cada una de nuestras acciones: la noción de valor. Dirigir la voluntad hacia las cosas que tienen un verdadero valor, es el tercero y último momento de la educación humana; es propiamente la educación de la acción, ó educación moral.

El punto de partida de esta educación es el esfuerzo para curar una especie de enfermedad congénita de la naturaleza humana: la ceguera de cada conciencia respecto de lo que pasa en la conciencia de los demás. Este es un asunto que interesaba mucho á William James, y que ha tratado con una emoción comunicativa en su célebre conferencia á los estudiantes: *On a certain Blindness in Humans Beings. (Talks to Teachers, etc., p. 229)*. Nosotros juzgamos de los demás por nosotros mismos; no les comprendemos. Desconocemos los motivos de sus acciones, la manera cómo conciben la vida, el ideal á que veneran y que sueñan con realizar en su existencia. Suponemos que se dan por entero en las frases que profieren para decir como nosotros, ó para afirmarse ante el mundo, según el barbarismo á la moda, como si ellos mismos osasen revelar, ó hasta viesan claramente, los secretos movimientos de su corazón.

El hombre es peor y mejor de lo que se dice. Sería una cosa más interesante de lo que se cree poder nos colocar alguna vez en lugar de otro. Pensemos, además, que la verdad, que el bien, son objetos demasiado grandes, demasiado ricos en elementos diversos, para poder ser abrazados por un solo individuo, y que se puede encontrar un valor real en sentimientos y en concepciones que se apartan de los nuestros. La tolerancia que debemos á nuestros semejantes no es una condescendencia, un permiso indulgentemente otorgado á los que no piensan como nosotros, para que se corrijan; sino un deber estricto y una necesidad. «Tolerancia» está mal dicho: hay que decir «simpatía», desengañamiento de los ojos de la conciencia, reconocimiento del valor que corresponde á la personalidad de otro, en lo mismo que difiere de lo nuestro; comunión, en fin, de conciencias en el esfuerzo común, para realizar un ideal que excede de la potencia de uno solo, y que exige el mayor número posible de obreros. El punto de vista del monismo, en individuos tan pequeños como nosotros somos, es extraño: el universo en que vivimos y en que nos es dado, no solamente desarrollarnos, sino enriquecernos, engrandecernos, obrar y crear, es un universo pluralístico.

En todo caso, ¿qué es lo que propiamente debemos buscar, amar y secundar en la conciencia de otro? Porque no basta querer una cosa fuera de nosotros para querer bien. ¿Es posible determinar con alguna precisión lo que verdaderamente constituye el valor moral, lo que da precio á la vida humana? Describir de una manera adecuada el objeto propuesto á nuestra actividad es una empresa contradictoria, puesto que tal operación supone que el objeto en cuestión no contendrá nada que no haya sido ya visto, y, por consiguiente, será un objeto, no de acción, sino de intelección, pura y simple. Pero debe ser posible trazar de él alguna línea, si nuestra libertad es algo más que capricho y casualidad.

Ahora bien; dos cosas hay ciertas, para que una vida humana sea apreciada por

una conciencia que se coloca precisamente en el punto de vista del valor: es preciso que esta vida, en primer lugar, presente lo que se llama virtud, á saber: valor, abnegación, pureza de intención, perseverancia, buena voluntad; en segundo lugar, que esté consagrada á la persecución de un ideal digno de este nombre.

Y á estas dos condiciones hay que añadir una tercera: que ambas condiciones estén íntimamente unidas. Ni una ni otra, tomadas separadamente, hacen grande una vida. Ni la virtud sin ideal puede pretender el nombre de heroísmo—el ambicioso puro y simple despliega virtudes, y ciertos malvados son capaces de abnegación—ni la pura concepción de un ideal basta para ennoblecer al hombre. ¿Qué distancia no existe entre pensar y hacer? Y nuestros pensamientos, ¿no están en nosotros?; más bien, ¿no somos nosotros mismos?

Lo que confiere valor á la vida es la virtud, en tanto que se emplea en servir una gran causa; es el hombre, dándose, entregándose, para realizar alguna cosa verdaderamente superior á él.

Y ahora, ¿se continuará preguntando en qué consiste precisamente esa forma superior de existencia, que nosotros llamamos el ideal, y cuáles son, exactamente, los modos de actividad que llamamos virtudes? Ciertamente, hay razón para continuar planteando estas cuestiones; pero no corresponde á una Filosofía de la experiencia y de la acción buscarlas y responder á ellas, de una vez por todas, como haría un racionalismo científico. La vida es y sigue siendo un problema, infinito como ella y que sólo ella misma puede progresivamente resolver.

LECTURAS Y ESTUDIANTES (1)

(INFORMACIÓN ENTRE PROFESORES)

por G. Lefèvre.

Fuera de los textos que se explican en clase y de aquellos otros que se consultan con motivo de la clase ó de los exámenes,

(1) Véase el núm. 12, tomo 57, de la *Revue Pédagogique*, de París.